

ENTREVISTA

NUNCA es fácil determinar cuál es el último libro de Julián Marías. Casi al mismo tiempo que aparecía «La mujer y su

Sobre el liberalismo, con Julián Marías



Al leer «La Libertad en juego» se siente la sensación de que la preocupación fundamental (una preocupación profunda, como veremos) de Marías reside en el peligro de que en nuestra vida colectiva padezcan los principios de liberalismo. Marías, con plena autoridad, merece ser calificado como el pensador liberal por excelencia, porque lo ha sido siempre y porque quizá nadie mejor que él ha defendido lo que el liberalismo es y debe seguir siendo. Sobre el liberalismo, con ocasión de la aparición de su «Libertad en juego», pero con la vista puesta también en algún otro de sus libros, en forma especial («Innovación y arcaísmo», sobre todo), pero también en toda su obra, hemos charlado con Julián Marías.

—*En relación con su último libro me parece que una impresión que puede tener el lector es de preocupación profunda. Yo me pregunto si esa sensación, que he tenido yo como lector, corresponde a la realidad y si Vd., que ha hablado tantas veces del entusiasmo escéptico, no se encuentra hoy más cercano del escepticismo que del entusiasmo viendo el panorama español actual.*

—Es cierto lo de la preocupación. Es justo porque la tengo, de modo que si la refleja el libro es que produce el efecto que yo quería producir. Pero el entusiasmo persiste; yo creo tengo mucho entusiasmo y lo tengo a pesar de cierto escepticismo y de mucha reserva, porque la impresión que

tengo, en cierto modo negativa, y que se refleja en el libro, es una impresión diríamos localizada; es decir, una impresión negativa dentro de una impresión positiva más amplia. Yo creo que en España desde el año 75 las cosas están mejor. Y creo que ahora, concretamente en estos últimos años, están peor que estaban. De modo que el pesimismo se refiere al pasado muy reciente dentro de un optimismo general y, sobre todo, de un entusiasmo que abarca un decenio largo.

—*Hay otra sensación que yo creo que se trasluce perfectamente en su libro. Aparte de la sensación de que hay cosas que deben ser rectificadas, pero que la impresión de fondo es optimista, hay otra cosa que llama la atención y a reflexión. Se trata de que Vd. de alguna manera señala como diagnóstico el que los males están en la propia sociedad, que de cierta manera no reacciona y no practica su libertad.*

—Bueno, yo haría una distinción. También la sociedad española me parece que en lo que afecta a la vida privada está muy bien. Yo tengo mucho optimismo respecto de los españoles en su vida privada; creo que son tratables, que son suficientemente inteligentes, que tienen buena voluntad, que no quieren enfadarse, que quieren conservar la concordia en su vida personal, que tienen curiosidad intelectual. Yo cada vez que voy a hablar en cualquier ciudad de España encuentro siempre un público verdaderamente muy grande en proporción y muy atento y con una actitud abierta, receptiva e incluso con respuesta cuando hay preguntas. Tengo esa impresión positiva. Y la calle, la calle es alentadora (salvo si lo atracan a uno, ¿verdad?). Ahora bien, en cambio, en lo que se refiere a la vida pública, ahí veo una inhibición, es decir, una especie de atonía. Yo hablé de anestesia en un artículo reciente en «ABC», y eso sí que me preocupa mucho, porque resulta que la sociedad hace posible que haya ciertos males públicos, ciertos males que afectan más bien a la vida política. Me parece inquietante.

—*Lo curioso del caso es que como Vd., en mi opinión con acierto, escribió en el transcurso de la transición, es que en España se llegó antes a la libertad social que a la libertad política. Aquella metáfora suya que la libertad había crecido como crece la hierba en un patio enlosado...*

—Eso se produjo ya antes, durante todo el régimen anterior. Yo he sostenido que no había casi libertad política, pero que había una libertad personal y social considerable. Limitada, por supuesto, sobre todo por una razón, es que no había derecho a hacer lo que se podía hacer. Yo escribí un artículo en inglés en «Foreign Affairs» y decía yo que la gente encuentra que un extranjero llega a España y ve que hay bastante libertad y que la gente hace más o menos lo que quiere. Entonces preguntan, ¿de qué se quejan? Claro que se quejan porque no tienen derecho a hacer eso, lo hacen porque los dejan, pero en cualquier momento pueden decir: «Usted no

puede hacer eso...» No solamente hay que poder hacer las cosas, sino tener derecho a hacerlas. Ahora hay derecho a hacerlas, y ésta es la diferencia fundamental. Ahora hay un régimen de libertad, legalmente, jurídicamente está establecido. Ahora, sin embargo, de hecho hay presiones y la gente, sobre todo, no usa esa libertad que tiene.

—*¿Cómo se entiende esa inhibición, cómo se entiende que la gente no se tome esa libertad y que puesto que la libertad social ha conquistado la libertad política, una vez conquistada la libertad política practique menos de lo esperado esa libertad ya conseguida?*

—Yo creo que es porque ha habido una crisis política muy grande, ha desaparecido la posición política que fue evidentemente mayoritaria, no de mayoría absoluta. Es decir, ha desaparecido lo que se llamó el centro. Entonces! la gente se ha encontrado que no tenía lo que era su opción preferida y, entonces, las gentes se han ido unos a un lado y otros a otro, se han acogido a esas viejas fórmulas, izquierda y derecha, que no quieren decir nada razonable y no tienen una opción que era mucho más auténtica, mucho más verdadera. Esto ha producido un cierto desánimo colectivo. Además, ha habido una mayoría absoluta usada sin restricciones, y ésto ha dejado a la gente un poco impresionada por un poder que se usa sin ninguna limitación y ha engendrado unas actitudes de cierta apatía política. Porque, además, esas presiones son suficientemente moderadas, suficientemente poco ofensivas o no visibles para que no provoquen reacción.

—*Ahora, esto ¿necesariamente tenía que haber sido así?*

—No, no tenía que haber sido así, ni debiera haber sido así. Es evidente que yo esperaba que la libertad siguiera en incremento.

'—*Me refiero fundamentalmente a que si del triunfo de una determinada opción política y una situación mayoritaria en el Parlamento se tenían que haber derivado todos estos males que han aflorado de pronto.*

—En un país como España, con una democracia muy reciente, no muy arraigada, con poca costumbre del ejercicio de los derechos, una mayoría absoluta me parece peligrosa. Yo no la he deseado nunca, pero es evidente que el partido que la tiene hubiera podido usarla con más moderación, con respeto a las opiniones de los demás. Hubiera podido entender que había un juego político y que las razones son razones aunque no estén apoyadas por la mitad más uno de los votos. Eso no lo ha hecho, por supuesto. De todas maneras a mí me preocupa esta situación: yo creo que es mejor que haya mayoría suficiente para gobernar con alguna ayuda, pero no suficiente para prescindir de los demás. En este momento es evidente que el partido mayoritario prescinde de los demás, no cuenta con ellos. Esto me parece peligroso; es una tentación. Podría no haberlo hecho, pero lo ha hecho.

—*Quisiera analizar un poco este jugarse la libertad en el que vivimos. Vd. dice que en la sociedad española el español muchas veces no se da cuenta de la realidad de esa conquista de la libertad y, por tanto, de que el futuro está en sus manos. ¿Quiere decir que él tiene que ser de otra manera?*

—Sí. Además hay otro problema que me parece que conviene tenerlo presente. Es que la libertad no es solamente un problema jurídico, es un problema de holgura, y ahora hay menos holgura, porque hay una cantidad de intervenciones, de fiscalizaciones, de inspecciones, de controles, que hacen que el individuo no esté cómodo. A veces lo hace con pretexto fiscal, pero, en fin, eso se extiende ya a todo. Se está produciendo una incomodidad de tal manera que muchas personas que tienen mucha más libertad que hace quince años no se sienten con más libertad, lo cual me parece muy peligroso.

—*Este concepto de la holgura me parece muy interesante. En el fondo es lo que decía Ortega de ver el Estado como ortopedia...*

—Estado como piel y Estado como aparato ortopédico, decía Ortega. El Estado debe ser lo más parecido a la piel que oprime pero sin molestar, porque se ciñe a nuestro cuerpo. En cambio el Estado como aparato ortopédico que puede ser además innecesario es muy molesto y no conviene la molestia. Los españoles no viven ahora cómodos y debían vivir más cómodos que antes.

—*Dice Vd. una cosa que es un verdadero aliciente para el que la lee, y es que la libertad, como la democracia, es en cierta manera un riesgo permanente. La libertad consiste también en vivir a la intemperie.*

—La vida es insegura. La seguridad es algo que destruye la esencia misma de la vida, por eso yo soy muy poco partidario de ningún tipo de seguridad, ni de la social, salvo en límites pequeños, ni de las demás. Pero sobre todo, a mí personalmente, me interesa mucho más la libertad que la democracia. A mí me interesa la democracia como garantía de la libertad. La libertad si no es democrática está expuesta al azar de cualquier suceso y no dura. Yo he dicho muchas veces que el despotismo ilustrado que a tanta gente le ha parecido muy bien estaría bien, pero lo que pasa es que luego la ilustración desaparece y el despotismo sigue. Ese es el riesgo. En un sentido la democracia a mí me parece esencial, por una parte, para la legitimidad del poder. En nuestra época no hay más forma de poder legítimo que el democrático, pero, en segundo lugar, como garantía de la continuidad de la libertad. Ahora, si una democracia no es liberal, si no está inspirada por el liberalismo, se puede convertir en un instrumento de opresión.

—*Precisamente Vd. dice en alguno de sus libros de la época de la transición que una de las razones del éxito de la*

transición española es que primero se hizo la conquista de la libertad y luego de la democracia.

—Lo que fue decisivo es que hubo año y medio de libertad sin democracia antes de las elecciones. Hubo libertad para todos, libertad de hablar, de escribir, de reunirse, de fundar partidos, de discutir las cuestiones, y fue perfecta, completa. Pero no se había elegido a nadie. En junio del 77 se hacen las primeras elecciones, empieza la democracia. La gente ya ha formado una opinión pública que antes no tenía y entonces hubo unas elecciones apacibles, tranquilas y razonables.

—¿Qué puede pasar si hay una democracia que no está animada por un espíritu liberal? ¿Qué ha pasado otras veces?

—Que se convierte en un instrumento de opresión y que en cierto modo disminuye la espontaneidad social, en la cual creo. Yo he dicho muchas veces que un pueblo es una espontaneidad regulada por normas. Si no hay normas, no hay donde apoyarse y, por tanto, no se puede realmente ejercer la libertad, pero es fundamental tener una espontaneidad, y si no la hay se produce una mineralización. El caso, por ejemplo, de todos los países que tienen regímenes comunistas no son países propiamente, son otra cosa: están mineralizados. No olvide Vd., por ejemplo, que Lenin tenía una hostilidad sin límites a toda la espontaneidad, incluso a la del movimiento obrero. Quería el partido y fundamentalmente el Comité Central, es decir, ninguna espontaneidad.

— Vd. también ha escrito que el liberalismo es la organización social de la libertad. Me gustaría que explicara qué es lo que quiere decir.

—Quiero decir lo siguiente: la libertad es algo cambiante históricamente. La palabra libertad tiene contenidos muy distintos, según las épocas y según los países, y es evidente que, dada una situación determinada, la libertad tiene que realizarse con ciertas condiciones. El liberalismo, como movimiento político, consiste precisamente en organizar socialmente los deseos, las pretensiones de la libertad en una sociedad determinada y, por tanto, no tiene un contenido fijo. Es evidente que el liberalismo del siglo XIX fue individualista; fue un error no del liberalismo, sino del siglo XIX. El hombre es individual, la vida humana es individual, pero el hombre está hecho de sustancias sociales; por tanto, hay que salvar la libertad de los grupos sociales de la sociedad en su conjunto también.

—Otro aspecto que Vd. trata a lo largo de las páginas de «La libertad en juego» es la idea de que la democracia es también límite, es decir, que el grado de transformación que, en un período parlamentario o en dos sucesivos o en un número infinito sucesivo, es un grado que tiene que estar sujeto a determinados límites.

—Claro que un Parlamento perfectamente legítimo y perfectamente democrático no tiene soberanía sobre la totalidad de la vida, sino solamente sobre la esfera de la convivencia política y nada más. No puede disponer sobre la religión, sobre las relaciones personales, sobre las estimaciones literarias o artísticas o filosóficas o sobre la realidad del país nuestro. Es evidente que un Parlamento absolutamente democrático no tendría soberanía para desmembrar un país. Yo he puesto ejemplo de si podría incendiar el Museo del Prado o simplemente venderlo, con lo cual mejoraría mucho el estado de la economía del país. Esto nadie lo puede hacer, porque el Museo del Prado pertenece a todos los españoles, todos, pasados y futuros.

—*¿No cree Vd. que existe una cierta tendencia a, en vez de cambiar las legislaciones o las estructuras económicas, cambiar las formas de ser o de comportarse de los españoles o querer hacerlo?*

—Eso se hace aunque no se quiera, porque la sociedad va variando. Pero no se debe hacer desde el poder. La sociedad se regula a sí misma y la variación social se produce incluso aunque no se quiera, por supuesto, pero lo que no se puede hacer es transformar la sociedad en nombre de una política. Por ejemplo, en los edificios públicos en la Alemania hitleriana había unos carteles que decían: «La mujer alemana no se pinta», «La mujer alemana no fuma». ¿Por qué? La sociedad es la que regula si eso parece bien o mal, elegante o no, pero ¿el Estado qué tiene que ver con eso?

—*Evidentemente se recae en una especie de espíritu totalitario...*

—En eso consiste el totalitarismo. El totalitarismo consiste en creer que todo es políticamente relevante y, por tanto, todo interesa a la política, y esto es lo peor de todo. Es mucho peor que una tiranía normal, opresiva incluso, de un poder absoluto o de un dictador.

—*La paradoja es que no hemos llegado al medio, digamos virtuoso, en el sentido de que hemos tenido una experiencia en los años treinta de una política excesiva y ahora vivimos un momento en los años ochenta, medio siglo después, en los que parece que el español no se siente animado a participar en la vida pública, y la acepta resignadamente.*

—A mí la politización me parece muy peligrosa en cierto sentido. Llamo politización a que se ponga en primer plano la política y que se reaccione políticamente a las cosas. Es decir, que, ante una persona, si uno lo que piensa es si es de derechas o de izquierdas o como se quiera llamar y es lo único que importa, eso es monstruoso y eso llevó a la guerra civil. En ese sentido el que un país no esté muy politizado me parece precioso, muy importante. Ahora bien, eso no debe evitar la participación en la esfera de la política. En la medida en que

eso es una parcela limitada de la vida me parece muy inquietante que se produzca una especie de retracción, que se está produciendo. España ahora no es un país politizado; al revés, aparte de minorías muy pequeñas, está más bien despolitizado. Lo cual tampoco es bueno. Y yo creo que la fórmula es el entusiasmo, es decir, la manera de que haya una participación política activa, no totalitaria y no maniática, es el entusiasmo.

—*El entusiasmo de toda la sociedad. La tragedia es que a veces damos la sensación de que no tenemos motivos para los que luchar.*

—Motivos sí hay. El hecho es que los partidos no proponen nada que sea atractivo en este momento; no proponen nada ilusionante. Por otra parte, las personas individuales que tienen capacidad de expresión, escritores, etc., rara vez lo hacen. No digo que no lo hagan, pero lo hacen menos de lo debido.

—*En ese sentido Vd. ha señalado que una de las características del momento en que vivimos, es esa mezcla de resignación e irritación que son malos consejeros en las actitudes de mucha gente.*

—Y, sobre todo, eso lleva a una situación que he formulado hace poco tiempo, en el sentido de que se confunden la voluntad y el deseo. Se quiere y se consigue a veces lo que no se desea. Hay gente que vota y consigue a veces que triunfe con su voto algo que no desea, algo que no le gusta, pero que se le presenta como lo que hay que hacer. Esto es funesto, naturalmente. Hay que procurar que los deseos; que son los que mueven la vida, los que le dan riqueza y fecundidad, se realicen. Ahora es muy corriente esto; hay gente que incluso se siente muy mal, que no está nada contenta y nada a gusto, pero que cuando llega la hora de votar sigue una voluntad que en general le viene propuesta de fuera y no de su deseo propio.

—*A veces lo que pasa es que se vota contra lo que uno piensa que le disgusta más que otra cosa que tampoco le gusta.*

—Bueno, evidentemente se puede votar contra algo. Es una cosa que puede ocurrir. Una vez sugerí cuando se hacía una ley electoral que pudiera haber un doble voto. Por ejemplo, supongamos que hay un candidato que a Uno le parece horrible; si hubiera un voto negativo habría que restar los votos negativos de los votos positivos. La ley electoral actual, lo dije antes, cuando se estableció, y lo sigo diciendo, me parece muy mal, una ley electoral que presenta listas completas y cerradas, en las cuales no se puede introducir ninguna alteración, ni siquiera una supresión. Con esto *si* yo quiero votar a un partido a lo mejor el número tres de la lista me parece horrible, tengo que votarle, no puedo ni siquiera tacharlo.

—*Para los partidos políticos la ley electoral está bien. Pero Vd. dice, y me parece que tiene razón, que los partidos viven en España a expensas de la sociedad más que para proponerle cosas...*

—Todos tienen muy pocos afiliados, son partidos muy pequeños. La inmensa mayoría de los españoles no están afiliados a ningún partido y ocurre un problema: primero, deberían tener en cuenta que los votos suyos no son propios, son receptores de ellos, pero no les pertenecen en propiedad. En segundo lugar (en esto he insistido mucho y me parece importante), un partido que gana las elecciones tiene derecho a mandar, tiene derecho a gobernar; ahora, una cosa es mandar, ejercer el poder político y otra cosa es la gestión total del país. ¿Es que puede estar en las manos de los muy pocos hombres que forman un partido, los cuales no tienen por qué ser los mejores, ni los más aptos, es que pueden llevar la gestión de un país íntegramente? ¿No es la exclusión de la inmensa mayoría del país de la gestión de los asuntos públicos? Me parece gravísimo.

—*¿No tiene Vd. un poco la sensación de que habiendo acabado obviamente la transición, de alguna manera es una transición infinita, quizá porque la libertad se vive cada día, como en su curiosa oración política la libertad nuestra de cada día hay que solicitarla cada mañana?*

—Lo que pasa es que la historia es transición; es pasar, de modo que cuando se habla de la transición de un régimen a otro ya está establecido éste y en cierto modo consolidado. Se puede decir que la transición ha terminado, pero hay que seguir inventando, hay que seguir creando algo nuevo, hay que seguir innovando. La vida personal y la vida colectiva tienen argumento, y si no lo tienen se produce una especie de estancamiento, de atonía y de aburrimiento. El aburrimiento es el enemigo público número uno de nuestra época. Hay muchos países que son aburridos. España todavía no lo es, porque no marcha muy bien, España e Italia son dos países divertidos, pero en Europa quedan muy pocos países divertidos. En parte a veces por razones naturalmente porque están oprimidos y no tienen libertad ninguna, otras veces por exceso de regulación en la planificación de seguridad. Hay países en los cuales nadie quiere oprimir a nadie, pero están oprimidos por una retícula de disposiciones de previsiones, de evitación de todo lo que es azaroso, y esto hace que la vida quede sin argumento y aburrida.

—*Y al final siempre queda la esperanza de que no nos aburriremos, pero que conseguiremos hacer más efectiva la libertad practicándola, ¿no?*

—Yo creo que la manera, que los males de la libertad se curan con más libertad y se curan ejerciéndola, todos. No dejando que quede como monopolio de un grupo, sino ejer-

ciéndola todos y además defendiendo cada uno las libertades que a uno no le interesan personalmente, las que uno no piensa usar, las que son de otros, pero si no se defienden se van suprimiendo una tras otra y al final no queda ninguna. En este sentido creo que forman un sistema que no cabe fragmentar la libertad.

—*¿Y de ese sistema de las libertades considera que hay alguna, aunque a Vd. no le afecte, que está en especial peligro en este momento?*

—La libertad radical es la de dirigir la propia vida, esto es, la de que uno pueda elegir el modelo de vida que uno prefiera. Luego ya se plantea el problema de que uno tenga recursos, empezando por la inteligencia, recursos físicos. Evidentemente, si alguien quiere ser bailarín y es cojo, le faltan recursos; si quiere ser pintor y es ciego, evidentemente no puede hacerlo. Lo fundamental es que uno pueda elegir en el tipo de vida que quiere seguir, y naturalmente, esto va unido esencialmente a la libertad de expresión, porque sin ella yo no puedo ni reclamar las libertades, ni expresar que me faltan. Por eso se ha producido un fenómeno que es muy curioso: en los países que hay libertad la gente se queja todo el tiempo. En los países que no la hay, nadie puede quejarse. Entonces parece que no hay falta de libertad porque nadie reclama.

Sobre el
liberalismo,
con
Julián Marías

